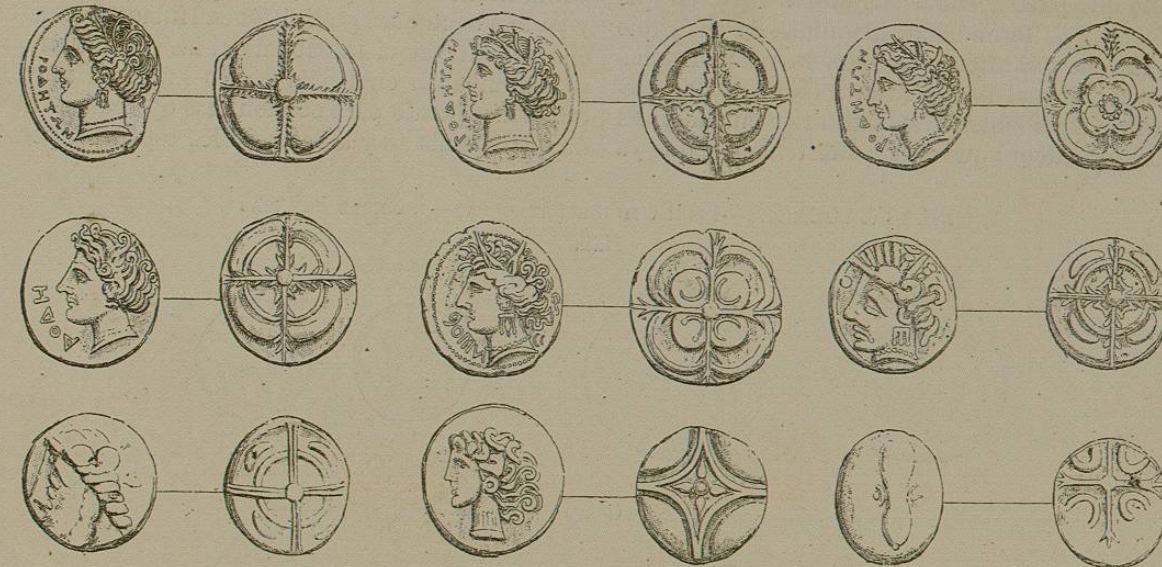


proteccion y amparo, confiados en que acordándose de su comun origen no los desampararian en tan apurado trance. Hicieronles pues solemne y formal llamamiento. En mal hora lo hicieron, como muy pronto lo habremos de ver (1).
Era Cartago, como hemos dicho, una colonia fenicia como

Cádiz. Pero Cartago era ya una ciudad rica y populosa, metrópoli de la república de su nombre, la primera república conquistadora y mercantil de que hace mención la historia. Habíase emancipado de Tiro, y héchose cabeza de una confederacion de colonias militares extendidas por la costa de

RHODA (ROSAS)—MONEDAS GRIEGAS—PLATA

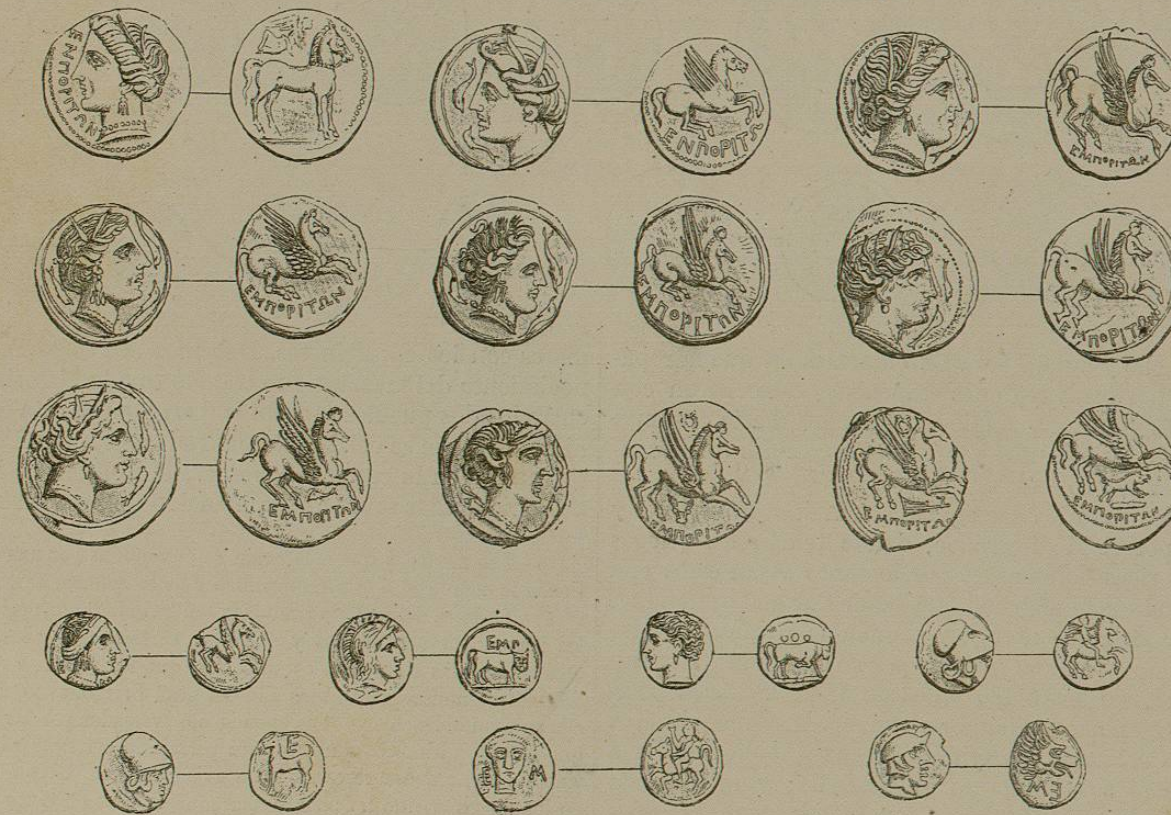


Africa. Comerciantes los cartagineses como todos los fenicios, distinguíanse de los de España por su ardor guerrero, por una inquietud belicosa que los conducia, no solo á sostener por las armas sus establecimientos, sino á atacar sin piedad á cuantos á su engrandecimiento se opusieran. Su poderío ma-

ritimo era inmenso, y entendian el sistema de colonizacion mejor que ningun pueblo de la antigüedad.

Tiempo hacia que envidiaban la prosperidad de los fenicios españoles: tenian puestos los puntos sobre España, y deseaban ocasion y pretexto de fijar su planta en este país de todos

EMPORLE (CASTELLÓ DE AMPURIAS)—MONEDAS GRIEGAS—PLATA



apetecido. Así el senado cartaginés accedió de buen grado á dar á los de Cádiz el socorro que pedian, y aparejada una flota, vinieron á combatir á la Península. Pelearon, pues, con los

naturales en favor de los fenicios, y empleando alternativamente la fuerza y el halago, venciendo unas veces, procurando otras darse á partido con los españoles, cuyo brio en mas de una ocasion experimentaron, lograron al fin ocupar algunos puntos de las playas de la Bética.

(1) Es lo único que con alguna certeza hemos podido sacar de las oscuras y confusas noticias que nos suministran las historias acerca de esta tentativa de los españoles para expulsar á sus primeros huéspedes. Sobre la época en que esto acaeciese reina tambien no poca oscuridad. Justino indica haber sucedido en el reinado del hijo de Argantonio que antes hemos citado; y la primera venida de los cartagineses á España puede fijarse con probabilidad hácia el siglo VI antes de nuestra era.

Miras no menos avanzadas ni mas generosas traian respecto á los fenicios en cuyo auxilio acudieran. Llevados del pensamiento, propio solo de corazones desleales, de expulsar de la Península á aquellos mismos á quienes debian el pisar la tierra de España, á aquellos mismos hermanos que los habian invocado por auxiliares, sin tener en cuenta ni los vínculos

del antiguo parentesco, ni los lazos de la reciente amistad, acometieron su principal ciudad y atacaron á Cádiz con el interés y empeño de quienes parecía mirar su conquista como la base del futuro señorío de toda España, que ya entonces sin duda entraba en sus proyectos y designios. Debieron, no obstante, encontrar no poca resistencia en la metrópoli de las colonias hispano-fenicias, y hubo de costarles algunos meses de asedio, puesto que para derribar sus muros tuvieron que emplear una de las mas formidables máquinas de batir que conocieron los antiguos, el ariete, por primera vez mencionado en la historia (1). Mas al fin tomaron á Cádiz, y desposeionaron y lanzaron á los fenicios de la mas rica ciudad y del mas fuerte atrincheramiento que en España tenían, y que ya

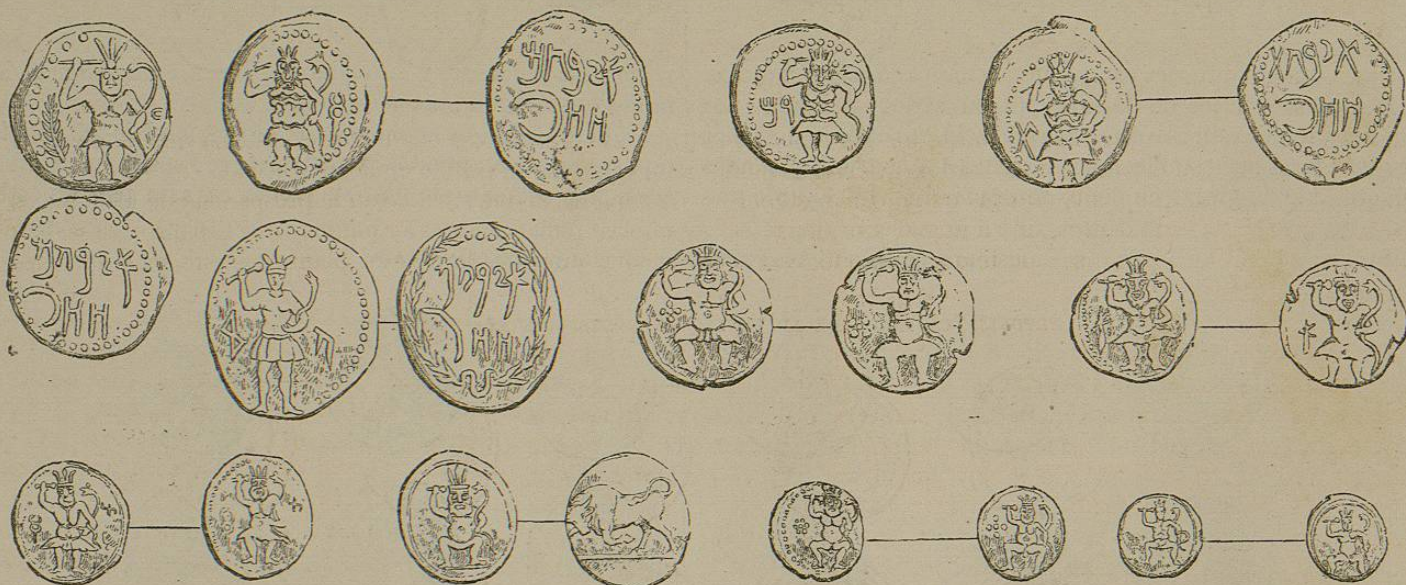
no trataron de recobrar. Con esto acabó su dominacion en la Península ibérica. ¡Felonia insigne de parte de los cartagineses, de que mas adelante habian de dar aquellos africanos mas de un ejemplo! Sucedió esto á los 252 años de la fundacion de Roma, y 501 antes de J. C.

Dueños los cartagineses de Cádiz, fuéles ya fácil extenderse por el risueño litoral de la Bética. Su sistema era ir asegurando militarmente las posesiones que adquirian, fortificándolas y poniendo en ellas guarniciones. Hubieran acaso emprendido entonces la conquista del país, si las guerras en que por otras partes andaban envueltos no les hubieran movido á diferir este pensamiento para ocasion mas oportuna. Antes calculando que la amistad y alianza de los españoles podría servirles

ISLAS BALEARES—INSULA MINOR (MENORCA)—MONEDAS FENICIAS
Plata



Cobre



de gran provecho y ayuda para las empresas en que la república andaba por otras regiones empeñada, estrecharon con ellos relaciones y tratos y fingiéronse amigos, hasta el punto de conseguir de los incautos y crédulos españoles que les facilitasen riquezas y soldados.

Habíans dedicado los cartagineses á dilatar su imperio y dominacion por el Mediterráneo, donde tenían los griegos numerosas y ricas colonias, y por lo tanto veían estos con recelo y de mal ojo el afán con que los de Cartago pretendian el señorío de aquellos mares, y temian la rivalidad de un pueblo conocido ya por su poder y por su crueldad fría y calculada. Desde 550 hasta 480 antes de J. C. aparecen poseionados de Cerdeña; y aliándose con los tirrenios, arrojan tambien de Córcega á los griegos focenses, obligándolos á refugiarse entre sus hermanos de Marsella; y revolviendo despues contra los mismos tirrenios sus aliados, cuyos progresos marítimos veían con envidia, los atacan á su vez y les toman todas sus posesiones insulares del Mediterráneo. Aparecen tambien sometidas á su dominio las islas Gymnesias ó Baleares, no sin que les costara ser alguna vez rechazados á pedradas por sus célebres honderos (2).

Entonces fué cuando las colonias griegas de España comenzaron á temer la peligrosa rivalidad de los cartagineses, y se dispusieron á aliarse con los romanos, que ya en aquel tiempo se mostraban poderosos, y ya se habian encontrado en los

(1) Vitruv. l. N., c. 19.

(2) Herodot. lib. I. Estrabon, lib. III. Diod. Sic. lib. V.

mares con los cartagineses. Debemos al griego Polibio el conocimiento del mas antiguo tratado que la historia menciona entre los dos pueblos (4). Sin embargo, ni en esta estipulacion ni en otra que se celebró despues se menciona á España. Acaso entraba en la recelosa y reservada política de los cartagineses no llamar sobre ella la atencion de los romanos.

(3) Las monedas que solo están representadas por una de sus áreas, tienen la otra igual á la correspondiente de la moneda anterior.

(4) La letra del tratado traducida del latin bárbaro, decia así: «Entre los romanos y sus aliados y entre los cartagineses y los suyos habrá alianza bajo las siguientes condiciones: que los romanos ni sus aliados del Latium no navegarán mas allá del gran Promontorio, á no ser que á ello se vean obligados por sus enemigos ó arrojados por las tempestades: que en este último caso no les será permitido comprar ni tomar nada, sino lo precisamente necesario para avituallar sus naves ó para el culto de los dioses, y que no podrán permanecer mas de cinco dias: que los que vayan á comerciar no podrán concluir negociacion alguna sino en presencia de un pregonero y un notario: que todo cuanto se venda delante de estos testigos se considerará bajo la seguridad de la fe pública, ya se verifique en el mercado de Africa, ya en el de Cerdeña: que si algunos romanos arriban á la parte de la Sicilia que se halla sometida á Cartago, gozarán de los mismos derechos que los cartagineses: que estos por su parte no inquietarán de modo alguno á los anciotas, los ardeanos, los laurentinos, los circceyanos, los terracineses ni otro alguno de los pueblos latinos que obedezcan á los romanos: que si hay algunos que no estén bajo la dominacion romana, los cartagineses no combatirán sus ciudades: que si toman alguna, la entregarán á los romanos sin restriccion: que no construirán fortalezas en el país de los latinos, y que si entran armados en una plaza, no pasarán en ella la noche.» Polib. lib. III.

En el año 480, famoso por la expedicion de Jerjes, hallaron buena ocasion los de Cartago para batir el poderío marítimo de los griegos, valiéndose de la alianza de aquel poderoso rey para ingerirse de su cuenta en Sicilia, de donde tuvo principio aquella larga serie de guerras sicilianas, de que á nosotros no nos toca sino apuntar la parte que en ellas cupo á los españoles. Durante aquellas sangrientas luchas no cesaron los cartagineses de levantar gente en las provincias de España, prestándose los españoles con increíble generosidad á servirles de auxiliares. Así vemos en 413 á Aníbal Gisgon venir á España en busca de socorros para acometer á los siracusanos. En 411 ser los españoles los primeros en dar el asalto á Selimonte como auxiliares. En 396 acudir un considerable ejército español para reparar sus pérdidas de Sicilia (1). Así mas adelante los vemos en el sitio de Agrigento dar la victoria á los cartagineses, cuando ya los llevaban en derrota las tropas del tirano Dionisio. Así todavía despues hallamos á un senador de Cartago recurriendo de nuevo á España en demanda de socorros con que poder indemnizarse de los desastres de Sicilia. ¡Triste suerte la de España, estar sacrificando á sus hijos en lejanas tierras en favor de fingidos aliados, á quienes daban triunfos, para que vinieran despues á imponerles el yugo de su tiranía!

En aquella misma Sicilia estalló en 264 una lucha de que habia de depender mas tarde la suerte de España. Hallábase entonces aquella isla dividida entre los cartagineses, los siracusanos y los mamertinos. Apurados estos por Geron, rey de Siracusa, iban á entregarle su última ciudad, cuando receloso Aníbal, general entonces de los cartagineses, del creciente poder de Geron, envió tropas á Messina. Colocados así los mamertinos entre dos enemigos poderosos, en su conflicto, como campanios que eran, pidieron auxilio á Roma. Tal fué el origen de la primera guerra púnica, que duró 24 años, y que despues de mucha sangre vertida, costó á los cartagineses tesoros inmensos y la pérdida de Sicilia y Cerdeña, de donde tuvieron que salir ajustada una paz bajo durísimas condiciones.

Dos propósitos formaron entonces los cartagineses: el de indemnizarse en España de las pérdidas y desastres de Sicilia, y el de buscar en esta region un nuevo campo en que vengarse de los romanos sus vencedores. Lo primero lo exigia la necesidad, lo segundo el orgullo humillado de la república. Resolvióse, pues, la conquista de España.

Pero antes tuvieron los cartagineses que dar cima á otra guerra que se suscitó en su propio país, la guerra de los mercenarios. Debemos decir dos palabras de lo que fué esta guerra horrible. Ella nos dará idea del carácter de los que vinieron en seguida á dominar nuestro suelo.

Ajustada con Roma la paz de Sicilia, Cartago trato de licenciar las tropas mercenarias, que le eran ya gravosas. Amotináronse estas reclamando sus sueldos atrasados. Aquellas feroces bandas, procedentes de diferentes pueblos, que se expresaban en multitud de idiomas, excitaron y arrastraron tras sí á las ciudades africanas, irritadas entonces por el exceso de los tributos. Juntáronse, pues, á los veinte mil estipendiarios sesenta mil africanos, y Cartago se vió asediada por este ejército formidable de rebeldes. Encomendó el senado su salvacion á Amílcar Barca, que se habia distinguido en las guerras de Sicilia. Amílcar soborna con dinero á los nómadas, y priva á los rebeldes del auxilio de la caballería; pero irritados estos, aprisionan á Giscon que habia ido á tratar con ellos, y mutilándole y desjarretándole, lo mismo que á otros setecientos cartagineses, los precipitan en el fondo de un abismo. Amílcar, por vía de represalias, arroja á las fieras todos sus prisioneros, y cercando á los rebeldes, los reduce al extremo de devorarse de hambre unos á otros. En tan apurado trance acuden los jefes á Amílcar en solicitud de paz. Amílcar la otorga á condicion de que le entreguen en rehenes las diez personas que él escogiera. Convenido que hubieron aquellos, «pues bien, les dijo Amílcar, las diez personas sois vosotros:» y apoderándose de ellos los hace crucificar. Privados los rebeldes de sus caudillos, fueron degollados hasta cuarenta mil. Otros sirvieron de di-

version á los habitantes de Cartago, que en sus espectáculos gozaban con la muerte horrorosa que les hacian sufrir. Así terminó la famosa y horrible guerra de los mercenarios (2).

Concluida la cual, y en el año 238 antes de nuestra era, acordó el senado enviar á aquel mismo Amílcar Barca á la conquista de España, donde hasta entonces se habian limitado los cartagineses á fundar colonias en el litoral, y á servirse de las alianzas con los pueblos ó tribus comarcanas para reclutar auxiliares y enviarlos á la expedicion de Sicilia.

CAPÍTULO III

Amílcar. Asdrúbal. Aníbal

DE 238 ANTES DE J. C. Á 219

Conquistas de Amílcar.—Fundacion de Barcelona.—Guerras con los indígenas.—Triunfos del cartaginés.—Es derrotado.—Su muerte.—Suécdele Asdrúbal.—Su conducta en España.—Fundación de Cartagena.—Es asesinado por un esclavo.—Aníbal.—Retrato moral de este famoso guerrero.—Subyuga á los olcadas, arevacos, carpetanos y vacceos.—Amenaza á Sagunto.—Pretexto de la guerra.—Embajada de los saguntinos á Roma.—Su resultado.—Conducta del senado cartaginés.—Guerra saguntina.—Heroicidad asombrosa de los saguntinos.—Combates.—Destruccion de la ciudad.—Último ejemplo de heroísmo.—Inexcusable proceder de Roma.

Era llegado para los cartagineses el momento de emprender seriamente y á las claras la conquista de España. Roma los habia privado de una Sicilia, y necesitaban oponer una España á Roma.

Rápidas y activas fueron las primeras operaciones de Amílcar. En el primer año recorrió la Bética por las partes de Málaga, Córdoba y Sevilla, imponiendo tributos á nombre de Cartago. Al siguiente dirigió sus armas á la costa oriental, y sujetó á los bastetanos y contestanos, pueblos hoy de las provincias de Almería, Múrcia y Valencia. Enviáronle los saguntinos una embajada, ó recordándole ó haciéndole saber que eran aliados de los romanos. No faltarian al cartaginés deseos de acometer á Sagunto, por la misma razon que ella exponia para ser respetada; mas no pareciéndole todavía tiempo y sazón para inquietar á las colonias griegas aliadas de Roma, disimuló por entonces, y prosiguió hácia el Ebro, donde se detuvo á celebrar con fiestas y regocijos las bodas de su hija Himilce con Asdrúbal su deudo.

Importábale principalmente á Amílcar la ocupacion del litoral para sostener el comercio marítimo de que era tan cuidadosa Cartago. Hasta entonces habia seguido la política de no atacar á los que á él no le hostilizaban. Conveniale mostrarse dispuesto á hacer alianzas, y no desechaba las que se le ofrecian.

Desde el Ebro prosiguió con su gente hácia los Pirineos, y en la region de los laletanos echó los cimientos de Barcelona, que el fundador llamó Barcino, nombre patronímico de su linaje.

Llevaba ya el pensamiento de hacer la guerra á Italia tan luego como acabara de sujetar la España (3), y por lo mismo procuró desde aquellos puntos ganarse á fuerza de oro y de dádivas las voluntades de los galos, cuya amistad conocia de cuánto provecho podria serle para cuando llegara aquel caso. Mas de todos estos pensamientos vino á distraerle la noticia de que los tartesios y los célticos del Cunéo se habian levantado con propósito de defender su independencia amenazada. Capitaneábalos Istolacio, varon principal entre ellos. Acudió Amílcar, los derrotó, devastó sus campos y condenó á Istolacio al suplicio de cruz. Entróse luego por las tierras de los lusitanos y de los vettones, donde en lugar de aliados encontró tambien cincuenta mil combatientes que le esperaban mandados por Indortes. No fué menos feliz el cartaginés en esta segunda campaña que en la primera. Mas fogosos aquellos españoles que hábiles y diestros para resistir á tropas disciplinadas, fueron igualmente arrollados. Asustó ya, no obstante, á Amílcar la energía feroz de aquellos bárbaros. Grande debió

(2) Polib. lib. I.

(3) *Cum in Italiam bellum inferre meditaretur.* Cornel. Nep.

(1) Diod. Sicul. lib. II.